

C A P Í T U L O X I V

Del desembarco de D. Quijote en Tierra Firme, y primer negocio que en ella hizo Sancho

De dos modos se vive hoy en la generalidad de los pueblos hispano-americanos: a lo criollo y a lo extranjero.

La vida criolla, que es la natural y verdadera, porque criollos somos hasta la médula de los huesos, se vive entre bastidores, a escondidas, como si viviéndola, cometiésemos pecado mortal. No así la otra vida, la postiza y artificial, la que nos viene por las líneas de vapores de Europa y la Yanqui-landia, como debiera llamarse la tierra de los yanquis, vida que representamos ostentosamente, con bombo y platillos, a la faz del mundo entero, a sabiendas de que representamos una comedia, pero muy orondos y ufanos de la buena ejecución de nuestro papel, porque sabemos imitar a maravilla hasta el más mínimo gesto o capricho de nuestros modelos extranjeros.

La causa principal de esta xenomanía y sistemático menosprecio por lo criollo, está en un ciego y fanático respeto a la gran palabra del día, a la palabra mágica del Progreso. En nombre del progreso se invierte el orden natural de las cosas, y se atropella hasta lo más sagrado; porque entendemos por progreso la revolución permanente, el continuo vaivén de las cosas, la diaria importación de novedades y hasta de vejezes, a condición de que procedan de allende los mares, que vengan de París, Londres, Berlín o Nueva York, confórmense o no con nuestra naturaleza y medios de vida. No importa: de allá vienen, y esto basta. Todas las voluntades se rinden ante este argumento de autoridad, toda oposición o mera indiferencia es delito de lesos-

progreso, que ha venido a ser mayor crimen que el de lesa-patria, porque se considera máspreciado el título de progresista que el de patriota.

De esta suerte lo criollo, lo puramente patrio, lo que por tradición y naturaleza sirve de base a nuestro carácter nacional, así en ideas como en costumbres, va cediendo el puesto a lo exótico y advenedizo, de donde resulta en lo público y privado, una vida superficial de ostentación y fingimiento, que enfáticamente llamamos *civilización* y *progreso*, cuando su verdadero nombre es otro, porque todo ello no pasa de ser un juego carnavalesco, un vistoso disfraz de extranjerismo, con que pretendemos encubrir nuestra fisonomía indígena, que no tiene por qué avergonzarse de salir al mundo tal cual es, con sus distintivos originales de raza, genio, ideas y costumbres.

Parece que nos hemos olvidado de que la originalidad es una de las bases primarias de lo grande y de lo bello; que la civilización, considerada respecto a cada pueblo, debe levantarse como un árbol, que crece, se desarrolla y fructifica sobre su propio tronco y con su propia savia. En este sentido, toda fuerza auxiliar, por poderosa que sea, tiene que someterse y adaptarse a las fuerzas vitales primarias y autóctonas.

El desenvolvimiento psicológico de un pueblo, y su progreso útil y trascendental, no son cosas que se improvisan: vienen lógica y gradualmente. La obra del verdadero progreso empieza por la conservación de todo lo bueno, aunque lo bueno sea más viejo que Matusalén, y sigue con el mejoramiento de las cosas existentes y la implantación oportuna de lo nuevo, cuando lo nuevo es ventajoso, procediendo no *per saltum*, como lo quieren los falsos apóstoles del Progreso, que insensatamente pretenden empezar por donde acaban los pueblos que toman por modelos, sino paso a paso, y con riguroso orden: primero deben levantarse con firmeza los cimientos del edificio, para montar luego, cuerpo a cuerpo, todas sus partes, hasta llegar a la cúpula; y venir, por último, a los trabajos accesorios de pulimento y ornamentación. Esto ha sido, es y será siempre lo racional y lógico.

Pero acá en los trópicos, nos hemos formado una idea tan descomunal del poder absoluto del Progreso, que lo suponemos exento de toda sujeción a los preceptos de la razón y la lógica, sin duda porque estos preceptos son muy anticuados y comunes, y por ello, en nombre del poder omnímodo

del Progreso, saltamos por encima de lo racional y lógico, para obrar en orden inverso.

Entre una obra de primera necesidad o de utilidad efectiva, pero de paciente y tardía ejecución, y otra de divertimento o mero ornato, prontamente realizable, no se titubea: el Progreso no quiere demoras. Hacemos primero el jardín, el paseo, el teatro, el hipódromo, etc., erigimos costosos monumentos y palacios de apariencia para hermostear las ciudades, dejando a compañías extranjeras el trabajo de las grandes obras, como el camino a través de las montañas, la canalización de los ríos, y la varia explotación de nuestras inmensas riquezas naturales.

No importa para el criterio progresista, que esto nos entregue maniatados, con ligaduras de millones, a las naciones extranjeras: los positivistas se han encargado de difundir en los países hispano-americanos los principios de una filosofía que les conviene, la filosofía mercantil de Cartago, que estima como meros escrúpulos los más altos sentimientos de patriotismo, y aconseja apartarlos a un lado, para dejar libre el paso al voluminoso carro de la industria y del comercio, portador de una gloria efectiva, consistente en billetes de banco.

Cuando el Dr. Quix pisó las playas de Tierra Firme, no fue poca su sorpresa al hallarse con un puerto lleno de naves, y una ciudad relativamente populosa y adelantada, pues él creía que el Nuevo Mundo estaba poco más o menos lo mismo que en tiempo de Colón, y que a cada paso tendría que habérselas con tribus salvajes. En esta creencia, muy general por cierto en toda la Europa, había tomado la precaución de traer vestidos acolchonados, que los defendiesen de las flechas ponzoñosas de los indios, como lo hacían los primeros conquistadores, según lo había leído en los cronistas de Indias, precaución que comunicó a Sancho, el cual no esperó la hora del peligro para cubrirse con su cota o armadura estopeña sino que se la puso a toda prisa, tan luego se dio en el buque el anuncio de tierra.

Al verlo de esta suerte vestido, todos se confirmaron en la idea de que era un esquimal, que ni bajo los rigores del calor de los trópicos prescindía de sus pieles y gruesas vestiduras polares. Nuestros viajeros se alojaron en una posada, que recientemente había cambiado su nombre por el de hotel, siguiendo la ola del progreso onomástico, posada donde esperarían la hora

de embarcarse nuevamente para el puerto de las Palmas, navegación que harían en un bergantín costanero, porque no tocaban en aquel punto los vapores trasatlánticos.

Al dispersarse los pasajeros por la ciudad, se divulgó como por encanto la llegada del sabio inventor del alumbrado heliográfico: el diario del puerto lo saludó con grandes loas, y llovieron sobre él las visitas de los curiosos y las tarjetas de bienvenida. Sancho se le acercó en el primer momento en que lo vio solo, y le preguntó azezante:

—Si no me engaña la memoria, su merced me ha hablado de una tierra que hay en estas Indias, llamada del Fuego.

—Cierto, Sancho, y por allí mismo queda el cabo de Hornos.

—Pues sin que su merced me diga más, yo le digo que ya llegamos; y bien puesto tiene el nombre, porque uno se asa aquí como dentro de un horno encendido.

Reparó D. Quijote en la voluminosa envoltura de su criado y colega, en los fuertes resoplidos que daba, hecho un camaleón y sudando a chorros.

—¡Imbécil! ¿Cómo no quieres asarte más de la cuenta, si te has puesto esas ropas de cuatro dedos de espesor?

—¿Y si vienen los indios, mi amo?

—Tiempo habrá de prevenirnos, si ellos nos acometen. Por ahora, quítate todo eso, y quédate en paños menores, si quieres salir con vida del cabo de Hornos.

A los pocos días, continuaron su viaje, y pronto arribaron al puerto de las Palmas, de donde emprenderían camino hacia Sanisidro y Mapiche, término de su excursión.

Un cambio muy sensible se había efectuado en Santiago a la vista de su tierra nativa: parecía que al tocar el suelo del puerto, un fuego extraño se había apoderado de su corazón. Era una alegría impaciente, una inquietud casi infantil, un deseo vehemente de ver a los seres que más amaba. No obstante la admiración profunda y gran cariño que sentía por el Dr. Quix, no se resignó a esperarlo para seguir juntos el viaje.

El Dr. Quix, firme en sus ideas y planes científicos, quería viajar poco a poco, acortando las jornadas, para tener tiempo de observar la flora, la fauna, y las demás riquezas naturales del suelo tropical. Pero Santiago, con

la desazón que se ha dicho, en todo pensaba, menos en dedicarse a observaciones científicas. Con los pocos dineros que le quedaban, resto de la munificencia de su ilustre amigo y protector, alquiló una mula de silla, e hizo los preparativos indispensables para salir del puerto al otro día por la mañana.

Cuando clareó el alba y todo estuvo listo, le echó los brazos al doctor, y le dijo con verdadera efusión:

—Perdóneme el que no lo espere, pero usted comprenderá que después de cuatro años de ausencia, estoy ansioso por llegar a mi pueblo, del cual me separan todavía cuatro días de camino. ¡Mi gratitud, doctor, será eterna! Cuente usted con un amigo de corazón, que le ofrece sus servicios en Mapiche.

—Gracias, amigo Santiago. Razón tienes en adelantarte, como lo haces, y aunque siento en el alma tu separación, de buen grado consiento en ella, con la esperanza de que nos reuniremos dentro de poco tiempo.

—¿Y cuándo piensa llegar a Mapiche?

—A la verdad, eso no depende de mí, sino de los estudios y exploraciones que tenga que hacer por esta tierra virgen, cuajada de maravillas. Tú sabes que viajeros como yo, no pueden fijar itinerario, porque están sujetos a lo imprevisto, según sean los descubrimientos que a cada paso hacen en el campo de la geología, la historia y las ciencias naturales; pero cuenta con que tarde o temprano llegaré a Mapiche, lugar que tengo escogido para mi residencia en América.

—¡Oh, doctor, eso es una gloria para Mapiche! Desde ahora le aseguro que esta nueva va a poner en movimiento a mis paisanos, y despertar la envidia en los otros pueblos de la comarca. ¡Que un sabio como usted se resigne a vivir en Mapiche! Nunca me imaginé que pudiéramos merecer tanto favor.

Santiago hablaba con el corazón en los labios: la ciencia del Dr. Quix, y la fama que ganaría su nombre al divulgarse el invento del Heliógrafo, eran cosas muy grandes y espléndidas, para que pudieran caber en una villa tan apartada y oscura como Mapiche.

—Pues si en ello hay gloria, las gracias por haberla alcanzado tu pueblo, a tí deben ser dadas, pues me encamino a él, siguiendo tus pasos, y llevado del deseo de conocer ese paraíso recóndito, a donde llegarás en breve,

como un heraldo, como un precursor de mis ideas y propósitos. Anuncia, predica, propaga, pues, la buena nueva; conviértete en un Pedro el Ermitaño, que detrás iré yo, como un Godofredo de Bullón, a enarbolar sobre las almenas de tu pueblo la bandera triunfante del Progreso.

Despidióse también Santiago de su gran amigo Sancho, el cual lo quería como a las niñas de sus ojos, según sus propias palabras.

Era Santiago, en realidad, muy acreedor a ese aprecio, porque tenía lo que se llama sangre dulce, y con todos lo pasaba bien. Aunque falto de letras, poseía cierto lustre intelectual, adquirido en el trato de las gentes y la lectura de periódicos, lustre que unido al talento, suele confundirse con la verdadera ilustración, y hasta sobreponerse a ella. Tenía, además, no sabemos si la cualidad o el defecto de ser en extremo dócil para adherirse a la opinión de quien le hablase, ora fuese por evitar discusiones, ora porque sinceramente adoptase como propios los ajenos pareceres.

Son estos los temperamentos psicológicos más adecuados para difundir de buena fe las ideas nuevas y seductoras; espíritus ingenuos, pero superficiales y llenos del candor de la ignorancia, que no examinan a fondo las cosas, y que no pueden oponerse a los sofismas, por la sencilla razón de que no los distinguen de la verdad. Son los primeros que se rinden al influjo de alguna inteligencia extraviada, que cautiva y arrastra con el brillo de sus teorías.

Santiago se alejaba del Dr. Quix, satisfecho y orgulloso de tener un amigo de tales quilates, y de haberlo conducido hasta su patria. Se creía otro hombre, llamado a cosas que antes no soñaba siquiera, a figurar de los primeros en la brillante evolución que le esperaba a su suelo nativo, bajo la égida de aquella inteligencia superior. Todo esto se le representaba de una manera vaga e indecisa, pero risueña y llena de encantos desconocidos para su alma de joven, largo tiempo abatida en la noche del ostracismo. Creyóse en posesión de un elevado y honorífico cargo, cual era el de heraldo y precursor del Dr. Quix, a quien consideraba como un pontífice máximo de la sabiduría y del Progreso.

Cuando el joven proscrito se alejó, vueltos los cascos con tantas ideas nuevas, y ansioso de echarse en los brazos de sus padres adoptivos, no me-

nos que de volver al embeleso de sus amores, D. Quijote se volvió a Sancho y le dijo, dándole una palmadita insinuante en el hombro.

—Ea, Sancho, saca la bicicleta, para darte algunas lecciones más, ahora que nadie nos ve, porque mañana sin falta debemos continuar nuestro viaje.

—¡Qué bicicleta, ni qué pan caliente! Ya le he dicho, mi amo, que yo no pago monto en esa máquina.

—¿Por qué Sancho? Tú verás como aprendes, y te pones tan ducho como yo en su manejo. Todo cuesta al principio, porque nadie nace aprendido: conque no te acobardes por la primera caída. ¡Arriba, pues!

—A otro perro con ese hueso. Le digo, mi amo, que no, y mil veces no.

Y mirando a todos lados para cerciorarse de que estaban completamente solos, se acercó más a D. Quijote, que estaba contrariado con tan rotunda negativa, y le dijo al oído:

—No se enfade su merced, que desde anoche tengo pensado un negocio, si me da su licencia, con lo cual saldremos bien del paso.

—¿Qué negocio, Sancho?

—Respóndame antes a lo que voy a preguntarle. ¿Puedo yo disponer de la máquina como de cosa propia?

—Tuya es, porque para ti expresamente la compré en Barcelona, porque no sería propio que viajase yo en bicicleta, y tú a pie, en cabalgadura, o de otro modo.

—Pues con esta aclaración, haga cada cual de su capa un sayo, y disponga de lo suyo como le plazca; pero antes, quiero la venia de su merced para negociar con ventaja.

—Pero di lo que quieras, sin tantos rodeos ni preámbulos. ¿Cuál es el negocio?

—Tengo ya apalabrado al posadero, y el trato está a punto de cerrarse, si su merced lo consiente: he visto el animal en la cuadra, y me llena el ojo. Me lo dan con la albarda y sus aparejos, pelo a pelo.

—¡Hombre de Dios! ¿De qué negocio me hablas?

—Pues de cambiar la bicicleta por un asno, de todo punto enjalmado.

Si hubiera recibido D. Quijote una bofetada, acaso no habría manifestado mayor sorpresa ni mayor coraje. Con los puños cerrados, y centellan-

tes los ojos, se lanzó sobre el infortunado Sancho, soltándole con toda la fuerza de sus pulmones aquella enérgica interjección de Castilla, que suele decirse, pero que nunca se escribe.

—¡Sancho estúpido! ¡Sancho retrógrado! ¡Sancho oscurantista! ¿Cómo te atreves a proponerme semejante contumelia?... ¡Trocar una bicicleta por un asno!... ¿Dónde tienes los sesos, desdichado? ¿No ves que eso es una herejía, un oprobio, un descomunal atentado contra la ley santa del Progreso? ¿Dónde has visto tú, hombre estulto e ignorante, que se cambie el enmohecido hierro por el oro fino y reluciente, ni que se desee más la pavorosa tiniebla que el claro día? ¡Oh, no, no!... apártate, Sancho, de mi presencia, dijo D. Quijote, cubriéndose los ojos con las manos, porque eres un cangrejo que camina siempre para atrás, un buho, que huye de la luz, y grazna en las tinieblas!...

Con la cabeza caída, esperó Sancho a que descargase el terrible nublado de la cólera de su amo. Estaba confuso y atemorizado, pero no arrepentido del negocio, aunque, en realidad, jamás llegó a imaginarse que su propuesta provocara tan deshecha tempestad. Viéndose despedido y ultrajado, se le vinieron las lágrimas a los ojos, y con gran tristeza le contestó a D. Quijote:

—Yo no esperaba que por tan poca cosa me despidiera su merced: mientras más se vive, más se ve. Perdón le pido por este gran disgusto, y me aparto a vivir como Dios me ayude, porque no estoy dispuesto a montar en la bicicleta, siendo de más socorro el asno que la tal máquina para viajar por estas tierras, que no estarán enlozadas ni pavimentadas como las calles y jardines. Conque écheme su bendición, y apartémonos en paz, ya que su merced así lo quiere.

D. Quijote fue siempre más dócil tirado por la cuerda del sentimiento que por la de las razones: a vista de Sancho lloroso y humilde, descendió de la altura olímpica de su cólera, y se hizo exorable a la propuesta de su criado, aunque mediante una condición expresa.

—Enjuga esas lágrimas, Sancho, y haz lo que me propones, pero no digas jamás a nadie que en esto has obrado con mi consejo, ni con mi apoyo, sino por el contrario, debes dar a entender, aunque no sea lo cierto, que has negociado a espaldas mías, contraviniendo las leyes del Progreso.

Regocijóse Sancho, prometió cargar con toda la culpa del gran pecado, e hizo el negocio, dándose el gusto de abrazar con extrema alegría a su nuevo pollino, el cual venía a llenar el vacío del paciente e inolvidable Rucio. Buscó alforjas, las proveyó a su agrado, y esperó de buena voluntad la orden de partida. D. Quijote miraba al asno de reojo, aparentando la más completa ignorancia del negocio: su equipaje fue confiado a unos arrieros, que a la sazón salían con una partida de mulas para Sanisidro.